# Una historia literaria posible más allá de la historia de la literatura

# A possible literary history beyond the history of literature

**Leonardo Funes**[1]
Universidad de Buenos Aires
SECRIT - CONICET

***Resumen***

El trabajo ofrece una serie de reflexiones en torno a la problemática de la historia literaria en tanto disciplina y en tanto práctica de investigación. Sobre la base del comentario de textos recientes del ámbito hispánico y aprovechando la experiencia en el campo de mi especialidad, el hispano-medievalismo, se reflexiona sobre cuestiones puntuales de esta problemática, tales como la distinción entre historia de la literatura e historia literaria y la superación de los conceptos tradicionales de "literatura", "autor" e "historia" como totalidad y continuidad. Se argumenta en favor del ejercicio de una historia literaria fundada en un concepto de la historia como pluralidad y discontinuidad, enfocada en la naturaleza específica de la mediación textual de las contiendas histórico-sociales que atraviesan el ámbito cultural y atenta a la dimensión material y tecnológica de los soportes que vehiculizan los textos en las distintas épocas.

**Palabras clave:** Hispano-medievalismo; Historia intelectual; Historiografía literaria.

***Abstract***

This article offers a set of reflections around several issues of Literary History as a discipline and as a research practice. Based on recent examples of historical-literary works from the Romance milieu, and drawing upon the experience in the field of my specialization –the Hispano-Medievalism–, particular questions of this problematic are considered, including the distinction between History of Literature and Literary History, and the possibility of overcoming the traditional concepts of "Literature", "author", and "History-as-totality-and- continuity". Finally, the article points out the actual possibility of a literary history grounded on a concept of history as plurality and discontinuity, focused on the specific nature of textual mediation of socio-historical forces, and sensitive to the material and technological dimension of literary artifacts from different epochs.

**Keywords:** Hispano-medievalism; Intellectual history; Literary historiography.

● **Enviado em: 05/06/2013**
● **Aprovado em: 04/07/2013**

[1] Catedrático de Literatura Española Medieval en la Universidad de Buenos Aires. Investigador Principal del CONICET. Autor de dos ediciones críticas de Mocedades de Rodrigo (2004) y del Poema de Mio Cid (2007) y de los libros El modelo historiográfico alfonsí: una caracterización (1997) e Investigación literaria de textos medievales: objeto y práctica (2009). Ha publicado más de cien artículos sobre épica española, la obra de don Juan Manuel, la ficción sentimental, la lírica cancioneril, la historiografía castellana medieval y cuestiones teóricas de la historia literaria.

*Introducción*

Estas páginas se inscriben en el marco de una reflexión que vengo desarrollando desde hace diez años –y de la que se han publicado varios tramos [2]– sobre las condiciones y los desafíos que plantea la historia literaria, disciplina en la que se sitúa mi práctica como investigador literario en el campo acotado del hispano-medievalismo.

Comienzo con algunas aclaraciones previas en aras de una mejor exposición de mis argumentos. En primer lugar, gran parte de la ejemplificación provendrá de mi propia experiencia como hispano-medievalista, como no podía ser de otro modo, ya que esa misma experiencia fue la que me llevó a reflexionar teóricamente sobre la naturaleza de mi práctica académica. A pesar de ello, el planteo pretende superar el pequeño terreno de mi especialidad y ofrecer consideraciones más generales sobre la historia literaria. En segundo lugar, será inevitable que el contexto de emergencia de mis reflexiones esté demarcado primariamente por las discusiones teóricas que atraviesan el ámbito de mi propia universidad, aunque confío en que la fuerte impronta teórica de los estudios literarios en la Universidad de Buenos Aires no impida compartir los códigos y términos de una problemática presente en todo el ámbito peninsular e ibero-americano. Por último, hay dos presupuestos básicos que conviene subrayar y que están presentes en el título mismo de este trabajo. Primero, estamos hablando de un campo bastante acotado de los estudios literarios, cuyo estatuto depende de dar por sentada la existencia de una relación entre la literatura y la historia, la sociedad, la cultura –me refiero, claro, a una relación significativa y definitoria, y no fruto de la mera contigüidad o coincidencia espacio-temporal. A su vez, del fenómeno general de esa relación se privilegia no el ámbito del objeto sino la dimensión de las prácticas: no se discute sobre textos históricos y textos literarios, sino sobre la disciplina historiográfica y la investigación literaria, zona común de historiadores y de estudiosos de la literatura a la que le conviene el nombre genérico de *historia literaria*. Segundo, entiendo que *historia literaria* e *historia de la literatura* son prácticas de la investigación literaria perfectamente diferenciadas, opinión contra la cual

[2] FUNES, Leonardo. "La apuesta por la historia de los habitantes de la Tierra Media" In L. von der Walde Moheno, ed., *Propuestas teórico-metodológicas para el estudio de la literatura hispánica medieval*, México, UNAM-UAM, 2003, pp. 15-34; "Lidiando con el 'efecto Funes': en torno de la posibilidad de una historia literaria" In *Orbis Tertius*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2006, n° 12; *Investigación literaria de textos medievales: objeto y práctica*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2009; "Medievalismo en el otoño de la Edad Teórica: consideraciones parciales sobre la operación filológica" In AA.VV., *Perspectivas actuales de la investigación literaria*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras – UBA, 2011, pp. 45-78 y "Desafíos y perspectivas de la historia de la literatura a comienzos del siglo XXI" In *Filología*, Buenos Aires, Instituto de Filología Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso", 2011, vol. XLIII, pp. 103-29.

subsiste una tradición disciplinar (actualmente minoritaria) que se empeña en subsumir la primera en la segunda. Abundaré en esta distinción más adelante.

*Actuales condiciones del "regreso de la historia" a los estudios literarios*

Es perfectamente posible y legítimo que un investigador literario acote su trabajo a un objeto, a una problemática y a un enfoque que prescinda de su dimensión histórica: no discuto en absoluto la pertinencia de una práctica que se oriente a la construcción de un saber del texto, de la escritura o de la poética literaria dentro de los límites de su naturaleza formal. Lo que sí resulta discutible es que se pretenda que esa modalidad de estudio literario sea el único posible o el más importante o el que reclame una especificidad excluyente que le garantice su condición de estudio literario "propiamente dicho".

Hubo un tiempo en que esta opinión era dominante, un tiempo en que las teorías formalistas, estructuralistas e inmanentistas dominaban. Hace rato que esto no es así, y hoy muy pocos se animarían a sostener semejante centralidad de la investigación formal en un contexto disciplinar en el que se ha producido un claro "regreso de la historia".

Por supuesto, este regreso de la consideración histórica de los textos no ha implicado un simple retorno a fundamentos historicistas decimonónicos (o al menos este sólo ha sido parcialmente el caso de lo que aquí defino como *historia de la literatura*); por el contrario, bajo el impacto de nuevas corrientes contextualistas, principalmente los *cultural studies*, los *gender studies* y el pos-colonialismo, se ha tratado mayormente del planteo de un "nuevo" historicismo (del que la corriente anglosajona conocida precisamente como *new historicism* indudablemente participa).

Por mi parte, he venido hablando de la problemática disciplinar desde una posición teórica específica que se sitúa dentro de esta corriente de "historicismo renovado", pero desde un enfoque particular que he dado en llamar *anti-antihistoricista*, queriendo significar con ello una superación del estudio inmanentista de la literatura pero que permanece atenta a la especificidad de los discursos, al problema de la mediación y al carácter narrativo (y por tanto retórico) de toda historia. Me interesa reiterar este posicionamiento para que se entienda desde donde formulo ahora una visión crítica del estado actual de la consideración histórica de lo literario.

Las peculiares vías a través de las cuales se ha producido el retorno de la historia a los estudios literarios, en un contexto en el que asistimos a un tránsito desde una cultura del texto moderno (basada en el libro impreso) hacia una cultura del texto posmoderno (fundada

en el universo audiovisual y digital), han llevado a una situación compleja y problemática, que en sus aspectos más alentadores ha significado el abandono del perfil del estudioso de la literatura como técnico especializado por el perfil del intelectual interesado en intervenir desde su disciplina en los debates culturales contemporáneos, pero que, en los aspectos más discutibles ha comportado una pérdida de sofisticación de las operaciones relacionantes entre texto y contexto, una traducción inmediata de los contenidos a los términos del debate político-cultural, lo que deriva de una desatención de la especificidad de la mediación textual, consecuencia, a su vez, de una dilución de los textos literarios en el mar indiferenciado de los géneros discursivos culturales. En este escenario, pareciera que es posible hacer algo socialmente relevante con la literatura siempre y cuando uno se salga de ella.

Centrados ahora en la figura del estudioso de la literatura como historiador literario, se puede decir que si bien comparte muchos problemas y desafíos con el historiador *tout court*, todavía se diferencia en ciertos aspectos de su actual situación: por una parte, se encuentra en desventaja en lo que respecta al reconocimiento social de su tarea –el pasado político-social despierta mucho más interés y debate en el público que el pasado literario de un pueblo–; por otra parte, se encuentra en ventaja para procesar los desafíos del llamado "giro lingüístico" en el campo de las ciencias sociales y humanas, algo con lo que el historiador profesional se encuentra habitualmente incómodo, viendo en la perspectiva "textualista" una amenaza para el estatuto científico de su disciplina, una distracción irrelevante o incluso un obstáculo para la eficaz consecución de sus objetivos profesionales.

Así, por ejemplo, en un trabajo previo[3] planteaba que toda investigación histórico-literaria tomaba inevitablemente la forma de un relato y que por ello su coherencia y aun su poder de convicción descansaban no sólo en la pertinencia del análisis sino también en la eficacia de su disposición narrativa. Por supuesto que este reconocimiento del carácter retórico del relato histórico no invalidaba su mérito científico ni su contenido de verdad; por el contrario, implicaba reivindicar el valor de la imaginación histórica y de la habilidad narrativa para transformar el seco registro de los hechos en un saber inteligible. Nada que Hayden White no venga diciendo desde hace treinta años, pero aun así, quizás por el tono polémico de su *modus dicendi*, este tipo de afirmaciones sigue despertando sospechas entre los historiadores.

[3] FUNES, Leonardo. "La apuesta por la historia de los habitantes de la Tierra Media", art. cit. en n. 2.

*Sobre las aporías y limitaciones de la historia de la literatura*

Lo dicho hasta aquí es válido para cualquier tarea que emprenda el historiador literario, pertenezca al ámbito de la *historia de la literatura* o al de la *historia literaria*. Conviene ahora detenernos en esta distinción, ya que si bien es aceptada por la mayoría de los estudiosos de la literatura, no es tan evidente en qué consiste ni hay acuerdo al respecto entre quienes la aceptan.

Para ir aclarando los términos de la argumentación que pretendo desarrollar aquí, comenzaré diciendo que mi postura es que la *historia de la literatura* es un género historiográfico con una extensa tradición y rasgos más o menos definidos, entre los que destaca su aspiración panorámica, sea su horizonte local, regional, nacional o universal; mientras que la *historia literaria* estaría aludiendo a una práctica que puede manifestarse textualmente en formatos muy diversos, pero cuyo fundamento es la consideración prioritaria del espesor histórico de los textos, tanto en su dimensión material y tecnológica, como en su dimensión ideológica y estética.

En su formato tradicional, la *historia de la literatura* dispone su material cronológicamente y se funda en un paradigma conceptual que, más allá de algún relativo *aggiornamento*, es una herencia del romanticismo y está centrado en un concepto de literatura como institución, al que se articulan nociones derivadas (autor, obra –obra maestra–, escuela, movimiento, influjo, fuente, género) según su particular definición decimonónica. Para lo que podríamos considerar una dimensión escolar o divulgadora, este modelo sigue operativo, con ciertas reformulaciones o sofisticaciones, pero invariablemente indiscutido en cuanto a su pertinencia explicativa del espinoso asunto de la evolución literaria y su relación con el contexto histórico general. Esta tendencia conservadora en la redacción de las historias de la literatura ha sido comprobada por David Perkins en su pormenorizado estudio del problema[4]. Al relevar los factores y criterios dominantes en la operación taxonómica que cumple toda historia de la literatura (la organización de los *corpora* textuales en géneros, escuelas, períodos, etc.), encuentra para su sorpresa que el menos usual es la observación directa de los textos, mientras que el abrumadoramente decisivo es la tradición. Esta conclusión se alcanza luego de revisar un *corpus* inmenso de textos histórico-literarios, desde el siglo XVIII hasta la época de publicación del libro, con lo cual es legítimo fruto de la evidencia disponible. Se detiene Perkins, a modo de ejemplo, en el caso de la *Cambridge History of Classical Literature*, de 1985, cuyo sistema de clasificación de los textos griegos se

[4] PERKINS, David. *Is Literary History Possible?*. Baltimore-London, The Johns Hopkins University Press, 1992.

remonta a los alejandrinos, con graves incongruencias frente a la evidencia textual. Este no sería un caso excepcional sino típico de toda historia de la literatura. Perkins argumenta al respecto que lleva tanta energía revisar ideas recibidas que normalmente las aceptamos y trabajamos a partir de ellas, de allí que en toda historia de la literatura la principal fuente de sus taxonomías sea la transmisión cultural.

Hoy se multiplican los estudios de historia intelectual en los que se revisa críticamente el proceso de formación del concepto y del canon de las literaturas nacionales (y de las ciencias dedicadas a su estudio) durante el período romántico, así como su evolución posterior hasta mediados del siglo XX.

En uno de sus artículos más tempranos sobre este tema, Hans Ulrich Gumbrecht, quien ha llevado a cabo investigaciones constantes y lúcidas sobre la génesis y condiciones de los estudios literarios en general y de la filología en particular en el campo de la romanística, identificaba dos condiciones de posibilidad para el surgimiento de la noción de *historia de la literatura*: la aparición del colectivo singular *historia* (respuesta iluminista a la nueva experiencia de una pluralidad de desarrollos históricos) y la formación de una conciencia sobre el carácter especial de la *literatura* y del *arte* como formas de práctica alejadas de la pragmática de la vida cotidiana[5]. Así fue que con el concepto de *historia* vino a surgir el concepto de *literatura* como fenómeno universal cuyas manifestaciones podrían encontrarse en cualquier período de cualquier sociedad.[6] Al producirse en el siglo XX el colapso de las totalidades –fundamentalmente, el de la totalidad histórica–, simultáneamente quedó en entredicho el presupuesto básico (aunque raramente reconocido) de las historias de las literaturas nacionales en circulación. En vista de la práctica concreta de la historiografía literaria de la mayor parte del siglo XX, Gumbrecht planteaba:

> If the historians of literature were to be bothered by the fact that their practice implied a consciousness of history that had become obsolete, then […] they would have to think about fundamentals, of which –at best– we have only the first traces in present-day [es decir, a principios de los años 80] theorizing about literature. (p.471)

Pasada una década larga del siglo XXI, lo que se observa es que esa reflexión sobre los presupuestos fundamentales de la disciplina es todavía una tarea inconclusa, o en todo caso que esa reflexión teórica no ha impactado de lleno en la práctica concreta de la redacción de

5 GUMBRECHT, Hans Ulrich. "History of Literature – Fragment of a Vanished Totality?" In *New Literary History*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1985, vol. 16, pp. 467-79.

6 "The way in which the texts of the past were soon presented by the historians of literature is certainly linked with a new task of literature in the bourgeois society of the nineteenth century: it took from religion the role of propounding a cosmology" (art. cit., p. 469).

historias de la literatura. Podría entonces decirse que muchos historiadores de la literatura finalmente no se molestaron en considerar el hecho de que su práctica implicaba una concepción obsoleta de la historia, y aquellos que sí lo hicieron se encontraron frente a un verdadero dilema.

Si los objetivos básicos de la historia de la literatura parecen ser, según se infiere de las obras historiográficas mismas, la representación del pasado literario (decir cómo fue) y su explicación (establecer por qué las obras adquieren el carácter que tienen y las series literarias evolucionan como lo hacen), ya nos encontramos en problemas graves.

Al margen de la evidencia de que nunca la representación ni la explicación del pasado literario puede ser completa –lo que lleva al interrogante incontestable sobre cuánto de incompleto resulta aceptable en una historia de la literatura–, tenemos el problema doble de la dimensión histórica: por un lado, cómo pensar la evolución desde una concepción temporal fundada en la discontinuidad y la fragmentación; por el otro, cómo lidiar con la dialéctica entre el pasado de los textos y el presente de las lecturas, dialéctica que pone en el tapete la habitualmente disimulada operación de permanente re-trazado de la serie histórico-literaria según las tendencias canonizantes o anti-canónicas y las interpelaciones de los debates culturales de la actualidad (el caso de los estudios de la mujer y de género es el más evidente).

Ya David Perkins se veía obligado a optar por una salida pragmática de estos dilemas, desplazándose de la pregunta por la posibilidad a la comprobación de la necesidad: "My opinion is, then, that we cannot write literary history with intellectual conviction, but we must read it. The irony and paradox of this argument are themselves typical of our present moment in history"[7].

Se llega así a la conclusión de que pese a todos los obstáculos se sigue escribiendo historia literaria simplemente porque el público lo pide. Todavía una oferta renuente se ve superada por una demanda insistente. Con esta misma idea David Gies afronta el desafío de hacer historia de la literatura en la introducción a *The Cambridge History of Spanish Literature* proponiendo la misma solución de compromiso: hagamos historia literaria, demos satisfacción al mercado lector, pero conscientes de la problemática condición de nuestra tarea y despojados de la ilusión de que podamos ofrecer una visión completa y objetiva del pasado literario de que se trate.[8]

---

7 PERKINS, *Is Literary History Possible?*, *op.cit.*, p. 17.

8 GIES, D. T., "The Funes effect: making literary history" In *The Cambridge History of Spanish Literature*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 3-12. Respondo a sus planteos en mi "Lidiando con el 'efecto Funes'", art. cit. en n. 2.

Algunos intentos de superar estos dilemas han producido historias de la literatura de factura colectiva y estructura fragmentaria, que evitan un ordenamiento cronológico y las taxonomías más habituales, además de buscar formas no narrativas de historiar. Perkins les da el nombre de historia de la literatura con formato "enciclopédico" y las identifica con una manera de historiar específicamente posmoderna, que trataría de dar cuerpo a la actual percepción de la multiplicidad y heterogeneidad del pasado y sus infinitas versiones y concepciones. Por supuesto, en este caso lo que se gana en complejidad se pierde en coherencia: Perkins comenta un uso sofisticado de este formato, la *Columbia Literary History of the United States*, de 1987, constituida por 66 ensayos de diferentes autores.[9] Pero también apunta las limitaciones del formato tal como se hacen evidentes en *A New History of French Literature*, coordinada por Denis Hellier[10], cuya forma caótica la vuelve incomprensible para todo aquel no tenga una lectura previa de una historia de la literatura francesa tradicional, con lo cual su lector ideal no puede ser otro que el especialista. El caso revela que esta forma de escapar a las sujeciones de la historia de la literatura tradicional la vuelve paradójicamente imprescindible para que su deconstrucción tenga sentido. En el ámbito latinoamericano, puede mencionarse el caso de la *Historia crítica de la literatura argentina*, dirigida por Noé Jitrik.[11]

Hay, por cierto, ejemplos positivos, entre los que rescato especialmente la historia de la literatura medieval redactada por un equipo de estudiosos italianos –y esto no es casual, ya que de Italia vienen los ejemplos contemporáneos más teóricamente sofisticados de historias de la literatura–; me refiero a la monumental *Lo spazio letterario*, publicada entre 1992 y 2006. Consta de tres grandes partes: la primera dedicada a la literatura latina[12], la segunda, a las literaturas en lenguas vulgares europeas[13], y la tercera cubre la producción literaria medieval del mundo árabe, del mundo bizantino y del mundo eslavo[14]. Quince tomos contundentes que, a lo largo de 11.525 páginas, ofrecen un panorama sumamente rico de las culturas literarias de la cuenca del Mediterráneo. El propio título hace hincapié en la dimensión espacial como metáfora básica, con lo cual el tiempo histórico queda proyectado en

9 ELLIOTT, Emory, Martha BANTA, Houston BAKER, eds., *Columbia Literary History of the United States*, New York, Columbia University Press, 1987.

10 HELLIER, Denis, ed., *A New History of French Literature*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1989.

11 JITRIK, Noé, dir., *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1999-2009, 12 vols.

12 CAVALLO, Guglielmo, Claudio LEONARDI y Enrico MENESTO, dir., *Lo spazio letterario del Medioevo. 1. Il Medioevo latino*, 5 volúmenes en 6 tomos. Roma, Salerno Editrice, 1992-1998.

13 BOITANI, Piero, Mario MANCINI y Alberto VARVARO, dir., *Lo spazio letterario del Medioevo. 2. Il Medioevo volgare*, 5 volúmenes en 6 tomos. Roma, Salerno Editrice, 1999-2005.

14 CAPALDO, Mario, Franco CARDINI, Guglielmo CAVALLO y Biancamaria SCARCIA, dir., *Lo spazio letterario del Medioevo. 3. Le culture circonstanti*, 3 vols. Roma, Salerno Editrice, 2004-2006.

un esquema de *longue durée* que permite detenerse en aspectos de la producción textual que normalmente pasan inadvertidos en los enfoques tradicionales: hay tomos dedicados a la producción del texto literario (con una visión culturalista que va más allá de la estricta composición artística), otros a la circulación, a la recepción y a la actualización de los textos medievales (es decir, a su proyección en formas artísticas contemporáneas).

En la presentación de esta obra, los directores comienzan señalando la situación marginal de los estudios literarios sobre la Edad Media y el juicio desfavorable sobre la medievalística, frente a lo cual sostienen:

> Non si remedia a questo giudizio con la buona volontà o con generiche affermazione laudative. Questo "spazio letterario" non vuol essere dunque un'occasione di questo genere, quanto piuttosto il tentativo di un bilancio; non ancora una vera e propria storia letteraria. Una storia si può tracciare in tanti modi: per linee cronologiche, per generi letterari, per temi e problemi. Ma al punto in cui gli studi mediolatini sono arrivati non è possibile proporre una storia letteraria a pieno titolo, neppure per generi letterari, che è quella piú vicina alla tradizione inaugurata da questi "spazi" della letteratura. Entro questo schema, che propone di seguire il prodursi dell'opera letteraria dalla sua prima origine sino alla presenza nella coscienza contemporanea, il nostro è il tentativo di un bilancio, il piú onesto possibile, senz'altra pretesa, nella consapevolezza piena che la sintesi necessaria a definire un problema in poche pagine [...] mette lo studioso mediolatino in un grave imbarazzo, non potendo egli che raramente dominare il materiale nella sua interezza.[15]

Oscilando entre la tópica de la *humilitas* y de la *captatio benevolentiae* y la apertura de paraguas ante la eventual lluvia de críticas a la obra, los directores colocan su empresa no como alternativa a (o como superación de) la historia de la literatura tradicional, sino como forma subalterna o inferior a la categoría de una historia de la literatura "plena" o "propiamente dicha", cuya identificación se presupone tan clara que no necesita mayores precisiones. Pero más allá de la modestia del planteo, hay en la factura de la obra una respuesta concreta a las exigencias de una historia de la literatura despojada del lastre de las viejas concepciones de la historia y de la literatura, a lo que se agrega –bajo la oportuna noción de "balance"- la consideración de las lecturas contemporáneas de la crítica y del público en general, no bajo la mera forma de "estados de la cuestión", sino mediante el enriquecimiento del diálogo primario entre el historiador y los textos con el aporte del diálogo transversal con otras instancias de recepción contemporáneas (sean éstas apreciaciones histórico-críticas o apropiaciones mediáticas).

En otro ejemplo positivo reciente, la condición problemática del género historiográfico-literario se discute de modo más explícito. Es lo que apreciamos en la más

15 CAVALLO et al, dir. *Lo spazio letterario del Medioevo. 1. Il Medioevo latino*, *op.cit.*, vol. I, p. 9.

reciente *Historia de la literatura española* publicada, bajo la dirección de José-Carlos Mainer, quien comienza la presentación general de la obra con una frase que lo dice todo: "Un libro debe hacer honor a su título pero también tiene derecho a defenderse de él"[16]. Hay en los planteos de Mainer un claro empeño por dar a luz una obra a la altura de las exigencias teóricas y disciplinares, lo que es absolutamente bienvenido, aunque también se nota la voluntad de evitar toda actitud crítica o confrontativa, lo que si bien otorga un tono invenciblemente optimista a su visión de la actual situación de la disciplina (la insatisfacción terminológica es estimulante, los cambios son fecundos, la pluralidad de hipótesis es preferible a la convicción unívoca), al mismo tiempo convierte los radicales cambios disciplinares y las contiendas que los produjeron en una pacífica evolución lineal que conectaría de modo no traumático las historias de la literatura positivistas de la segunda mitad del siglo XIX con esta novísima empresa de nuestros días: si tal fuera realmente el caso, no quedaría más que concluir que Marcelino Menéndez Pelayo sigue reinando en la mentalidad historiográfica de la crítica española.

*Una historia literaria posible: el enfoque histórico-literario como intervención crítica*

Es probable que los aspectos discutibles de estos intentos auspiciosos de historias de la literatura que acabo de comentar nos indiquen las limitaciones por el momento insalvables del género y su franca imposibilidad teórica. Sin embargo, esta *impasse* no invalida toda práctica relacionada con la historia literaria.

Por el contrario, considero que en el actual panorama teórico y disciplinar la investigación literaria alcanza mayor pertinencia científica, mayor profundidad analítica y más amplia repercusión cultural cuando está sustentada en el enfoque histórico-literario de los textos.

Como práctica de investigación la *historia literaria* está abierta a un rango inconmensurable de objetos de estudio, en los que siempre el texto, un texto o una instancia textual es el dato básico a partir del cual el trabajo crítico se inicia. Cuando investigo las crónicas posteriores a Alfonso X el Sabio, los cantares de gesta conservados referidos al Cid Campeador, la obra didáctico-ejemplar de don Juan Manuel, los relatos de ficción sentimental del siglo XV, estoy ejerciendo la *historia literaria*, sin necesidad de remitir mis conclusiones

16 MAINER, José-Carlos, "Prólogo general a la 'Historia de la literatura española'" In MAINER, José-Carlos, dir., CACHO BLECUA, José Manuel y María Jesús LACARRA, *Historia de la literatura española. I. Entre oralidad y escritura: la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2012, vol. I, pp. vii-xvii; la cita en p. vii. La obra se compone de nueve volúmenes.

puntuales y parciales a un marco general que sería, precisamente, la *historia de la literatura castellana medieval*. Es erróneo concebir la tarea de cada investigador como la del orfebre de una pequeña pieza de un *puzzle* que luego encontrará su sitio, encajará en el gran lienzo que, tras un trabajo colectivo de largo tiempo y puestas todas las piezas en su lugar, ofrecerá a la contemplación del público el gran cuadro de una *historia de la literatura*.

Si la metáfora del *puzzle* diera cuenta con exactitud de la aspiración de toda práctica histórico-literaria, entonces sí se confirmaría la presunción de que la gran disciplina es la *historia de la literatura* y que la *historia literaria*, en la medida en que abarca el conjunto de las tareas concretas y particulares de cada investigador, es una instancia subordinada a esa gran disciplina.

Pero en rigor, se trata de una metáfora fallida, y esto por dos razones contundentes. En primer lugar, por todo lo dicho hasta aquí la *historia de la literatura* sólo puede entenderse como una forma acotada, particular, especializada de la gran disciplina que es la *historia literaria*, con lo cual la relación se invierte. En segundo lugar, si los trabajos individuales de *historia literaria* remitieran a un marco general, lo que podríamos llamar una suerte de "totalidad", al menos teórica, ya que no efectiva, este nunca sería una *historia de la literatura* sino, en todo caso, una *historia de la escritura* o más bien una *historia de los discursos*. Y para que esto quede claro, debo volver y ampliar lo apuntado sobre la sujeción de la *historia de la literatura* a concepciones decimonónicas de la literatura y de la historia.

En efecto, la concepción de la literatura como institución, presente en la historia de la literatura desde sus orígenes, acarrea una serie de nociones subsidiarias que van configurando fuertemente la comprensión global del fenómeno literario, nociones que se asumen como realidades supra-históricas, tales como las de autor, obra, escuela, influjo, fuente. Por supuesto que se ha intentado escribir historia de la literatura desde otros parámetros. En cuanto al objeto, algunos han tratado de evitar una historia de autores y se han enfocado en una historia de los textos. Aun así, con todos sus méritos, subsiste en esa noción de texto la referencia al marco institucional de la literatura. También en el caso prodigioso de *Mimesis* de Erich Auerbach, una obra modélica en tantos sentidos, queda la impresión de que detrás del brillante recorrido histórico del fenómeno de la representación de la realidad todavía la noción institucional de literatura sirve de marco de inteligibilidad.

La engañosa naturalidad con que seguimos utilizando el término "literatura" para referirnos a toda creación mediante el arte verbal, a toda forma de composición literaria, sea oral o escrita y de cualquier tiempo y lugar, explica las dificultades para comprender su carácter histórico, su condición de acontecimiento datable. En efecto, la literatura tal como la

entendemos tiene una fecha de nacimiento ubicable a fines del siglo XVIII y una fecha de caducidad que se acerca vertiginosamente –si no es que ya se ha producido y todavía no nos hemos enterado–; posee además un claro anclaje en las condiciones intelectuales del mundo burgués moderno, que hizo de ella una institución y la proyectó al rango de categoría supra-histórica de la que todavía goza; finalmente, su historicidad se revela de modo definido en su dependencia del soporte material que la vehiculiza: el libro impreso, fruto culminante de la larga evolución tecnológica que comenzó con la imprenta artesanal en el siglo XV y terminó con la imprenta industrial de las primeras décadas del siglo XIX. La modernidad queda así identificada con la cultura tipográfica y junto a ella, el concepto de literatura ha seguido, en perfecta correlación, su parábola de auge y decadencia. Que el suelo se mueve bajo nuestros pies, que las vibraciones de movimientos tectónicos de gran escala se perciben con mayor claridad más allá del ámbito académico es algo que ya no podemos discutir: en el vasto campo de la cultura actual, la literatura está dejando de ser el ecosistema dentro del cual los escritores viven su vocación y su trabajo para convertirse en el marco institucional externo con el cual confrontan o al que interpelan.

Las tecnologías tipográficas han producido también el arsenal completo de instrumentos necesarios para el trabajo intelectual vigente durante más de dos siglos. Hoy nos encontramos con un entorno tecnológico radicalmente distinto que ha provocado una enorme transformación del instrumental de las ciencias humanas. Ángel Gómez Moreno, en un reciente trabajo sobre la historia del hispano-medievalismo[17], llamaba la atención sobre cuánto habían cambiado las condiciones habituales de trabajo para mi generación de investigadores, que, hasta hace unos 25 años, eran las mismas que tenían los grandes filólogos del siglo XIX desde el momento en que dispusieron del servicio de correos y del auxilio de la fotografía. Una situación inimaginable para quienes han crecido pegados a una computadora.

He aquí un factor histórico de enorme valor explicativo para entender la persistencia de los modos académicos tradicionales de nuestra disciplina. La vertiginosa transformación de las bases tecnológicas de la labor intelectual y de los modos de producción discursiva es también un fenómeno correlativo de la crisis cultural de la modernidad.

Nuestras reflexiones y discusiones sobre la problemática disciplinar forzosamente deben situarse en este contexto de crisis; también deben someterse ellas mismas al enfoque histórico-literario, lo que implica recuperar en sus términos la historicidad que las atraviesa.

17 GÓMEZ MORENO, Ángel, *Breve historia del medievalismo panhispánico (primera tentativa)*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2011, p. 9.

Así podremos entender que cuando hoy decimos "literatura", "autor", "escritura", evocamos sentidos no coincidentes con los que estas mismas palabras tenían para los estudiosos del siglo XIX. Quizás nunca antes en la historia fue tan esencial como en nuestro tiempo la noción de discontinuidad para la comprensión histórica del fenómeno literario.

Plantear, entonces, como alternativa una *historia de la escritura* o una *historia de los discursos* significa, si no una solución, al menos un reconocimiento de la condición problemática de nuestro objeto y de nuestra práctica. De inmediato debo aclarar que, en mi caso, la llegada a este planteo sobre la escritura y los discursos bajo el influjo de la *écriture* derrideana y de las discusiones teóricas alentadas por este concepto –como ha sido el caso de mis colegas de teoría literaria y de literaturas contemporáneas–, sino por imposición de mi propio objeto de estudio.

En efecto, los textos medievales han sido producidos mediante la intervención corporal directa de poetas, juglares, cronistas, narradores, escribanos y copistas, quienes con su voz o con sus manos han elaborado no "libros" en el sentido en que hoy entendemos, sino códices manuscritos o poemas y cuentos orales. Una vocalidad y una manualidad que ponen toda la cultura (letrada y popular) del período medieval a una distancia enorme de aquella cultura (todavía la nuestra) que se asienta en el impreso, en la operación mecánica del universo tipográfico, que mediatiza tecnológicamente el acontecimiento singular del texto.

Ese *corpus* textual transmitido hasta nuestro presente mediante copias manuscritas de las más variadas facturas (desde códices regios miniados e iluminados hasta copias en retazos de pergamino de descarte), en los que no quedan claros sus propios límites ni se registran los autores ni muchas veces los títulos de las obras, obras cuyo estatuto desafía cualquier clasificación genérica al uso, nos exige una modalidad de investigación alejada de los viejos parámetros decimonónicos y nos abre nuevas posibilidades de enfoque histórico.

Cuando la mayoría de los textos son anónimos o aparecen atribuidos a supuestos autores de los que sólo ha sobrevivido el nombre, pierde relevancia cualquier perspectiva biografista de análisis, junto con la propia categoría de autor entendido como creador original. En cambio, en esa textualidad de límites indecisos, sometida a la variabilidad de las versiones manuscritas, atravesada por el impacto de la difusión oral que funda tradiciones más allá del alcance de la letra, es posible trazar otras historias: las que remiten al lento proceso de emergencia de una escritura, a la trabajosa optimización de la función estética de una nueva lengua.

Pero en este punto bien podría observarse que una historia sobre estos tópicos (pensemos, por ejemplo, en el ingreso de la ficción pura en la narrativa europea occidental en

lenguas vernáculas; o en el proceso de consolidación de la figura del autor en las letras europeas bajo-medievales) podría cumplirse en los términos de una "historia interna", sin salirse de los límites de la "serie literaria" –para emplear una noción cara a los formalistas rusos. ¿Un estudio de la evolución de las formas queda así encerrado inevitablemente en los límites de la inmanencia? ¿Otra vez la literatura se pliega sobre sí misma, haciendo valer la soberanía jurisdiccional de la institución?

Intentamos responder que no, pero en tal caso, ¿cómo cargar de Historia un estudio de la forma? No hay aquí respuesta fácil ni definitiva, pero me atrevo a proponer algunas posibilidades de respuesta que ayuden a horadar el grueso muro de los prejuicios disciplinares. En principio, es necesario abrir el enfoque a lo multidisciplinar en una dirección poco frecuentada: la *historia cultural* y la *historia del arte*. Algunos ejemplos breves. En el primer caso, es preciso tener en cuenta el peso de lo tecnológico, el influjo de las condiciones materiales del soporte que vehiculiza un texto tiene sobre las propias características literarias de ese texto. Así, por ejemplo, la difusión del papel, más accesible y barato que el pergamino, es un factor insoslayable en el avance, desde mediados del siglo XIII, de la prosa, en tanto práctica discursiva, sobre la hegemonía de las obras en verso, efectuado mediante textos ambiciosos de una extensión inusitada, tales como las *Crónicas* del rey Alfonso el Sabio en Castilla o el Ciclo de la Vulgata de la materia artúrica en Francia.[18] Podemos ilustrar el segundo caso con el análisis del proceso de afinamiento de las categorías de narrador y punto de vista en las letras castellanas durante el siglo que va del *Siervo libre de amor* al *Lazarillo de Tormes* (es decir, de mediados del siglo XV a mediados del XVI), donde vemos el pasaje de las indecisiones e inconsecuencias de la ficción sentimental a la maestría de la perspectiva subjetiva en el *Lazarillo*, en correlación con el pasaje del gótico tardío al temprano Renacimiento y el nuevo aporte del *Quattrocento* italiano en cuanto a la técnica de la perspectiva; todo lo cual, a su vez, remite al cambio de regímenes escópicos que se da en el Occidente europeo en medio de la radical transformación social que implica el tránsito a la Modernidad.[19] Así como Anthony Grafton apela a las contiendas de la historia intelectual, a la historia del libro y de la lectura, para esbozar una interesantísima historia de la nota al pie (un objeto impensable para la historia literaria poco tiempo atrás),[20] así también es factible el

[18] Sobre este punto puede verse RIQUER, Martín de, "La novela en prosa y la difusión del papel" In *Orbis medievalis. Mélanges... offerts à Reto Bezzola*, Berna: Francke, 1978, pp. 343-51.

[19] Sobre los regímenes escópicos, véase el artículo de JAY, Martin, "Regímenes escópicos de la modernidad", en su *Campos de fuerza: entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós, 2003, pp. 221-51.

[20] GRAFTON, Anthony, *Los orígenes trágicos de la erudición*. Traducción de Daniel Zadunaisky. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.

estudio de procedimientos formales literarios más allá de los esquemas de la investigación de fuentes y de la detección de filiaciones e influjos en que habitualmente se agota el enfoque académico tradicional.

Podemos también, y para terminar, desarrollar nuestro argumento desde otro punto de partida.

Los estudios contextualistas de los textos, atentos a lo que las condiciones históricas de su producción puedan aportar, suelen enfocarse en un análisis ideológico que amplía su rango de lectura a los agentes y la situación de enunciación, por un lado, y a los efectos y condiciones de recepción, por el otro. Todo esto es irreprochable. El problema aparece cuando en muchos casos el texto pasa a ser un dato plano y casi transparente –salvo en aquello en que *delata* su ideología.

Quien investiga de este modo suele acotarse al *contenido* de los textos, a lo meramente dicho, tratar a los personajes como si fueran personas de carne y hueso, confundir en un solo ente la figura éticamente responsable del autor concreto y la categoría textual de autor-narrador o de yo-lírico, y, finalmente, concebir a autores, redactores e impulsores de las obras como figuras maquiavélicas que se confabulan en las sombras para, a través de sus textos, manipular los cerebros y las voluntades de los lectores o del público oyente. (Estoy dejando afuera los excesos del contextualismo que hacen del texto un mero epifenómeno de las fuerzas históricas, explicable completamente por factores externos a su condición textual: este tipo de errores es cada vez menos frecuente).

Siguiendo este camino es quizás probable que el investigador pueda hacer historia de algún tipo, pero nunca podrá hacer *historia literaria*. Para ello la condición previa será siempre atender la naturaleza específica de la mediación textual, no simplemente lo que los textos dicen sino, fundamentalmente, el modo en que lo dicen. Y aquí esta vía argumental concluye de nuevo en el ámbito de la forma.

Hay, pues, una *historia literaria* posible, que puede desembarazarse del lastre disciplinar y de las aporías de la *historia de la literatura*, que puede reclamar como propio el modo más completo y profundo de la investigación literaria y que puede sacar el mejor provecho del "regreso de la historia" a los estudios literarios.

Esa *historia literaria* se caracteriza por construir sus objetos sin sujetarse a las categorías y nociones de la literatura en tanto institución moderna que reclama para sí validez intemporal y universal. Asume en cambio la historicidad tanto de su objeto como del instrumental crítico con que lo analiza. Produce así un saber histórico de los textos que, por las condiciones de su producción, resulta forzosamente fragmentario y provisorio, pero a la

vez más productivo, profundo y sugerente, en la medida en que no se encierra en el estudio formalista de los textos ni en la especulación sobre el abstracto mundo de las ideas del autor, sino que acepta el desafío de considerar la dimensión social de los productos culturales del pasado.

Esta *historia literaria* tiene plena consciencia de las dificultades prácticas y complejidades teóricas que su tarea conlleva. Enfrentada al dilema que impone el hiato entre la singularidad concreta del texto y la infinitud del contexto –cómo discernir, en la masa inabarcable de datos que conforman el contexto, lo que sea relevante para el objeto bajo análisis- asume como respuesta posible el trabajo con lo concreto y aún lo anecdótico, el posicionamiento en un punto de cruce de estructura y acontecimiento, de regularidad y contingencia, lo que nos reconduce a ese saber fragmentario y provisorio del que hablo más arriba.

Esta *historia literaria* es especialmente sensible a la incidencia de la dimensión temporal en la intelección del concepto de historia como pluralidad y discontinuidad en que se funda y la proyecta en las instancias fundamentales de su práctica: 1) en la relación dialéctica entre dos historicidades, la de los textos y la de nuestra lectura; 2) en el juego entre distancia histórica e inmediatez de la lectura; 3) en los modos peculiares de incidencia del presente en la configuración del pasado literario; 4) en la superación de los protocolos básicos de descripción y explicación para alcanzar una instancia superior de comprensión histórica, que se haga cargo de la relevancia concreta del pasado en el presente.

Para ilustrar todo esto seguramente habrá ejemplos notables, pero en este momento sólo puedo ofrecer una modesta ilustración con mi propio trabajo, que intenta siempre mantenerse fiel a los principios que definen esta *historia literaria* posible. En el Apéndice final de mi libro *Investigación literaria de textos medievales* aparece un estudio de algunos pasajes de *El Conde Lucanor* en relación con textos de diversa naturaleza: otro texto literario como el *Libro de buen amor*, pero también crónicas, fazañas, textos jurídicos, con el propósito de analizar de qué modo el proceso histórico conocido como la crisis del siglo XIV incidió en los textos, para lo cual me resultó de gran utilidad el concepto de inscripción, inspirado en las ideas sobre producción literaria y trabajo crítico de Noé Jitrik[21] y en los principios planteados por la "lógica social del texto" de Gabrielle Spiegel[22]; quisiera resaltar tres aspectos básicos de esta noción: (a) con el sustantivo que alude a la 'acción y efecto de inscribir' quiero poner el

21 JITRIK, Noé, *Producción literaria y producción social*. Buenos Aires: Sudamericana, 1975.

22 SPIEGEL, Gabrielle M., "History, Historicism, and the Social Logic of the Text in the Middle Ages" In *Speculum*, The Medieval Academy of America, 1990, vol. 65, pp. 59-86.

acento en el ámbito de la praxis; (b) esa praxis se entiende como bidireccional: acción de la historia sobre los textos y acción discursiva de los textos en la historia (las pulsiones de la contienda histórica se inscriben en los textos, así como la acción discursiva se inscribe en el entramado social como una forma de intervención); (c) esa inscripción se da fundamentalmente (e interesa investigarla) no en el plano del contenido explícito de los textos sino en el plano de la forma, en el ámbito de los procedimientos de construcción de los discursos.

El párrafo de cierre de ese apéndice creo que será también un cierre pertinente para este artículo:

> Sabemos que no hay otra posibilidad de conocer la realidad extradiscursiva (el universo de la muda praxis) que a través del discurso, condenados como estamos a la ineludible mediación del lenguaje. Pero esto no debe llevarnos a concluir, como hacen las teorías pantextualistas, que nada es cognoscible más allá del discurso. Contradiciendo el *dictum* de Jacques Derrida, las urgencias y presiones de la vida material nos llevan a sostener que sí existe un afuera del texto, aunque no tengamos otra manera de lidiar con ese afuera que a través de configuraciones discursivas. Pero esas fuerzas están allí y, como decía Pierre Macherey[23], inciden en la forma misma de los discursos sociales como si se tratara de planetas girando en torno de un sol ausente. Este mundo, pues, deja su inscripción en los textos, pero no sólo (y no fundamentalmente) en el plano del contenido, no como producto de una ilusoria eficacia representativa, sino en el plano de la forma, es decir, en el modo de producción de los textos. Allí, entonces, en lo que podríamos llamar el contenido ideológico de las formas textuales, he pretendido encontrar las huellas de un mundo y de un tiempo de crisis. [...] [E]ste recorrido establece conexiones inadvertidas o poco apreciadas entre textos cómodamente ubicados en el canon literario medieval (como *El Conde Lucanor* y el *Libro de buen amor*) y textos marginales o ajenos a nuestra concepción de la literatura. [...] [E]sas conexiones ilustran con la mayor claridad de qué manera un texto, cualquier texto, está situado en una red de textos y de discursos que abarca mucho más que la estrecha serie literaria. En cada frase del *Libro del conde Lucanor et de Patronio* y del *Libro de buen amor* resuenan múltiples discursos (jurídicos, historiográficos, administrativos, filosóficos, religiosos), concurren diversas estrategias (retóricas, didácticas, lógicas) y se evocan diferentes códigos culturales (conductas caballerescas, cortesía, clerecía, orgullo estamental). Esa apertura de la palabra enunciada a una red de relaciones no puede entenderse con los estrechos parámetros del análisis inmanente y de la investigación de fuentes, procedimientos tan necesarios como insuficientes. Se necesita ampliar el enfoque para abarcar el vasto juego histórico de los textos y de los discursos, puesto que en la zona de cruce intertextual e interdiscursivo que constituye cada texto quedan impresas las más claras huellas de un contexto histórico; en nuestro caso, la dramática impronta de un mundo en crisis.[24]

23 MACHEREY, Pierre, *Pour une théorie de la production littéraire*. Paris: Maspero, 1966.
24 *Investigación literaria de textos medievales*, *op.cit.*, pp. 144-45.

La inintencional resonancia de la referencia a la crisis con que termina la cita nos sacude y nos sujeta a la historicidad de nuestra lectura aquí y ahora, en el medio de una crisis del capitalismo tardío cuyo desenlace todavía no puede vislumbrarse. En este contexto, una *historia literaria* es posible también como herramienta para lidiar con las interpelaciones de nuestro presente mientras volvemos nuestra escucha a la persistente voz de los textos del pasado.

